

Comentarios a Razones de sangre de Gonzalo Portocarrero Maruja Barrig

Razones de Sangre. Aproximaciones a la violencia política

Gonzalo Portocarrero

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, 1998, 302 páginas.

Comentar el libro de Gonzalo Portocarrero me ha representado, desde la amistad, un gran desafío: Portocarrero propone una lectura compleja de un fenómeno nunca suficientemente estudiado como es Sendero Luminoso (SL), hacia el cual muchas personas —entre las cuales me incluyo— hemos tenido más reacciones emocionales antes que aproximaciones analíticas serias y desapasionadas.

Esta autoinhibición para profundizar sobre SL, con la «confianza en el antejo, no en el ojo» como sugería César Vallejo, es una actitud posiblemente también motivada por el temor; es arriesgarnos a abrir una puerta detrás de la cual podríamos encontrar una imagen de país (quizá desconocida, ¿aterradora?) que nos costaría enfrentar.

Gonzalo se ha arriesgado a esta empresa, en una línea de continuidad con otros estudios ya publicados que tratan de dar cuenta de los imaginarios culturales del Perú. Tiene el mérito no solo de ser un investigador que constantemente nos propone lecturas nuevas/originales sobre el país, sino que persiste en la investigación sin descuidar su condición de maestro: no puedo dejar de mencionar el espacio de TEMPO —Taller de Estudio de Mentalida-

des Populares— que Portocarrero anima desde la Facultad de Ciencias Sociales desde hace varios años, y a partir del cual alienta a jóvenes investigadores en la reflexión sobre el país y en la difusión de sus trabajos.

Razones de sangre propone diversos abordajes para la lectura de SL. Cual un caleidoscopio, intenta reconstruirlo desde los discursos, tanto los producidos por sus líderes —básicamente Abimael Guzmán— como por la literatura, por los protagonistas militares como el general Clemente Noel y los intelectuales como Pablo Macera, sin soslayar la polémica —por así llamarla— entre la interpretación de Alberto Flores Galindo y la investigación de Carlos Iván Degregori respecto de SL.

Al preguntarse por qué surge Sendero Luminoso en el Perú, Portocarrero identifica el denominado «trasfondo colonial» de nuestra historia, la dominación étnica y la exclusión, como injusticias que producen odio por promesas de progreso incumplidas o por derechos conculcados sobre los cuales se tiene conciencia, afirma el autor. Los impulsos agresivos de las personas —potenciados por la pobreza y la injusticia— serían moldeados entonces por ideologías que proponen la violencia como la «única» posibilidad de cambio.

Esta es una de las «ideas-fuerza» del libro, en la cual confluyen tanto el análisis del discurso senderista para la justificación del uso de la violencia como el de la simbología de SL, la entrega al partido ante la promesa de un futuro nuevo (iluminado por un sol rojo naciente...). Encuestas, entrevistas, historias de vida de jóvenes, algunos simpatizantes, otros militantes, otros críticos a SL, son materiales que forman parte del otro cuerpo del libro: los discursos sobre la violencia y sobre SL elaborados desde los jóvenes.

Un primer aspecto significativo del libro es la aproximación analítica a lo que Gonzalo propone como la «humanización» del militante senderista, intentando el esbozo de un perfil psicológico de ellos, sobre todos los jóvenes. Entre los discursos comunes en los medios de comunicación que los catalogaban como «robots» fanatizados —recordemos el lugar común de los titulares de los diarios sobre la llamada «demencia senderista»— y esta otra imagen del senderista como un provinciano resentido, Gonzalo ensaya una fórmula de equilibrio, que no soslaya el odio y el rencor ante la injusticia presente en ellos, sin lugar a que esta comprobación —y el sentimiento de culpa que la sociedad puede generar por dicha injusticia—, se constituya en una parálisis moral para juzgar los actos de los senderistas. Pues, de otra manera, podrían parecer inimputables.

A propósito de estos dos cuerpos o partes en que el libro está dividido, un segundo comentario es quizá una pregunta al autor: ¿cuáles son los puentes, las articulaciones entre dos grupos humanos, los comuneros andinos y los jóvenes estudiantes, suscep-

tibles de ser convocados por el discurso senderista?

Gonzalo Portocarrero identifica entre una de las conexiones del mensaje violento de SL, el surgimiento del odio entre sus simpatizantes y militantes por una promesa frustrada de progreso. Esto implicaría que existe entre la población una esperanza, una idea del progreso, la misma que, de acuerdo con otros estudios e incluso con las entrevistas publicadas en este libro, se encarna, en el horizonte individual de cientos de miles de jóvenes, en la educación.

Por otro lado, si este rencor también surge, según Portocarrero, por la vulneración de los derechos, esto nos sugiere que estamos ante la extensión de una conciencia de derechos en el país. No estamos entonces frente a una revuelta de desposeídos que tienen solo la violencia para ser escuchados, sino ante un análisis que parte del reconocimiento de la existencia de cierta convicción ciudadana en esta población joven, para lo cual, además, el libro ensaya respuestas al rastrear la infancia y el ambiente familiar de sus entrevistados, buscando identificar cómo estas situaciones se amalgaman con una vivencia de la exclusión.

Lo que no resulta visible es cómo la conciencia de derechos y la idea de progreso operan, se entrecruzan o se enfrentan con la utopía andina y la «visión dramática de la historia» como parte del imaginario cultural andino de los campesinos que se constituyeron en «bases senderistas».

En otras palabras, la deconstrucción de los discursos sobre la violencia, la frustración de los jóvenes urbanos entrevistados y el imaginario andino se constituyen

en cuerpos de análisis casi autónomos, con importantes aportes en este libro, pero con articulaciones poco visibles.

Coincidiendo con Gonzalo en que es necesario rastrear más el «horizonte cultural común» entre los jóvenes estudiantes y los comuneros andinos, esta observación es una invitación al autor para continuar profundizando los engranajes entre la deconstrucción del discurso de SL en las comunidades campesinas y en los jóvenes de las ciudades.

Quisiera comentar otra idea que está presente a lo largo del libro: lo que Gonzalo Portocarrero identifica como una «valoración negativa de la foraneidad», que recogería la tradición andina de un «nosotros», que deja de lado a todas las personas ajenas a la comunidad (lo de afuera como un ámbito misterioso poblado de personajes maléficos, nos recuerda Portocarrero citando a Juan Ossio) que confluye y se funde con un *nosotros* senderista: un nosotros que deja afuera a los explotadores.

Me pregunto cuánto de «andina» tiene esta visión y si no estamos hablando de un fenómeno universal, de resistencia a reconocer el mal en nuestras comunidades identificantes: a comienzos de los años ochenta, cuando según la versión oficial los senderistas dejaron de ser unos «petardistas» para convertirse en un peligro que amenazaba la existencia del Estado —por eso las Fuerzas Armadas ingresaron a las zonas rojas— el presidente Fernando Belaúnde explicó la existencia de SL como una «conspiración internacional». No era posible que estos sujetos surgieran entre «nosotros», pueblo pobre pero feliz, como nos catalogó en esa oportunidad nuestro presidente.

Y ese mismo discurso está presente en las elucubraciones de los mandos militares, quienes insistieron en una «importación de ideas, armas y cuadros» de China, Cuba y la Unión Soviética. Y es la misma idea que Gonzalo Portocarrero recoge en sus jóvenes entrevistados, senderista o simpatizantes: el empresario es blanco, extranjero, igual que los pitucos y los miraflores (cuyas mujeres tienen «pieles raras»).

Al parecer, no es concebible —en aras de nuestro instinto de supervivencia como grupo humano— que alguien que nos explote como los empresarios y nos desprecie, como los miraflores, sea parte de un «nosotros». De la misma manera como no pueden ser peruanos quienes matan ganado, ajustician dirigentes comunales o sindicales y dinamitan puentes.

Si, según los testimonios recogidos por Portocarrero, para algunos jóvenes de barrios populares un empresario / un miraflores es un pituco explotador, para los temores de algunas gentes de las clases altas limeñas, un cholo era un «temuco», real o potencial, sentimiento que no hacía más que traslucir el miedo (no solo «andino») a lo «extranjero», es decir a lo extraño. La «ajeneidad» del otro operó como un justificativo a la violencia en cualquiera de los dos extremos, como lo sugiere un testimonio recogido por Carlos Iván Degregori a un joven marino, criollo destacado en Ayacucho.

La propuesta que subyace en el libro es una convicción, repetida en varias de sus páginas, de que somos «una sociedad prisionera de su pasado». El análisis de SL sería una vía para acercarnos a espacios de la realidad negados que tenemos que conocer para/o una experiencia de la cual tenemos que

aprender para/liberarnos de él. El conocimiento no solo como una herramienta para deconstruir (¿pero también destruir?) el pasado.

Y esta reiteración me condujo, en la lectura, a dos preguntas que podrían ser contradictorias:

En primer lugar, ¿cuánto de este «pasado» nos condena? ¿Cuánto, desde este presente, podemos operar en el cambio de una historia, en las huellas de esa historia, en hechos ya ocurridos (y por tanto, irremediables), que durante siglos habrían estado predeterminando nuestro futuro como país? No enfrentar nuestra «herencia colonial» plagada de violencia, explotación e injusticia, ¿nos estaría conduciendo a una repetición del mito de Sísifo? Confieso que esta es una visión del tiempo y de la historia que me cuesta mucho trabajo procesar.

Y en segundo lugar, ¿cómo, junto a las continuidades, aprender a leer los cambios? Pese a lo segmentada que es esta ciudad, en infraestructura y servicios, estos «muros interiores» del espacio urbano parecen derrumbarse ante familias pobres que van de visita al Jockey Plaza, como un paseo dominical al Parque de las Leyendas. Y la denuncia del Indecopi a las discotecas que discriminan el ingreso a jóvenes de «color modesto» sugiere, ciertamente, el racismo de sus dueños, pero también podemos leer el hecho más allá, pues existen jóvenes de «color modesto» que no se autoinhiben ante una discoteca miraflorentina, lugar al cual «no deberían pertenecer».

Tendría ciertamente más comentarios y preguntas suscitadas por la lectura del libro y esa es una de sus riquezas pues nos interpela y nos convoca a seguir haciéndole preguntas.